



CARTA XXII.

De Manuel á Melchor.

S. Lázaro, 12 de septiembre de 1824.

Querido mío: Tengo para mí que Don Pablo te habrá significado el motivo de mi silencio de estos días. ¡Qué quieres! Condenado por el destino á ser testigo de los sufrimientos y tormentos de este malogrado joven, negóme á un mismo tiempo los medios de aliviarle. Duro es, en verdad, que el hombre, obra portentosa y esmerada de la creación, sujeto esté á tantas y tan exquisitas miserias. Si fuese lícito someter á un severo examen los decretos del cielo, no faltaría aparentemente razón para dirigirle los sentidos apóstrofes que Job, aquel hombre de paciencia y de dolor, lanzó con un grito de agonía convulsa desde el asqueroso muladar en que se agitaba. Pero siendo ines-

crutables los altos designios de Dios, no queda más recurso que enmudecer, y pedirle con el lenguaje fervoroso y expresivo del corazón, que se compadezca de la frágil criatura. Cierto que harto necesitamos todos de su bondad y misericordia.

Yo bien me había figurado que la presencia en estos sitios del personaje que se denomina "Dr. Moore," sería precursora de algún extraño suceso. En efecto: han ocurrido ya algunos de un carácter singular que no puedo menos de comunicarte, así por el vivísimo interés que tenemos en todo cuanto dice relación con nuestro pobre amigo, como porque realmente me hallo en una situación crítica en que he menester de consejo, y ninguno mejor que tú debería dármelos para salir de este conflicto, supuesto que tú y yo somos los únicos que estamos enterados á fondo de los pormenores de este horrible y espantoso drama. Deber nuestro es, sin duda, acudir en auxilio de este desventurado mancebo, que expía en un hospital de leprosos "el delito" de no haber tenido bastante astucia para libertarse de las pérfidas sugerencias del mundo, y de las acechanzas malignas que le puso un infame bandido, para el cual no existe en la tierra un castigo capaz de hacerle compurgar sus estupendos é inauditos crímenes.

Un día después de mi encuentro con

aquel hombre cuya voz no me pareció desconocida, le fué entregado á Antonio un billete que hubo de sacarle de sus profundas cavilaciones, para sumergirle en otro linaje de padecimientos morales. Un dependiente de la casa había recibido el tal billete de manos de un marinero cuyas señales no pudo expresar. He aquí su contenido.—"Mi querido señor: inútilmente he rondado por las cercanías del hospital, buscando una ocasión de hablarle sin testigos: siempre le he visto en compañía del sepulturero Germán, cuya presencia no solo me parece inútil sino aun peligrosa en la entrevista que me atrevo á pedirle. Tampoco creo necesario que concurra á ella ese joven deudo y amigo que se encuentra con usted; pero si ofrece lealmente como caballero no revelar nuestra conferencia á ninguna persona que pudiese amenazar mi seguridad individual, bastariame esto, y desde luego consentiría yo en que le acompañe, si usted lo desea así. Tengo que hablarle de Regino y de otros varios puntos que le interesan de cerca. Si usted acepta mi indicación, esta noche á las siete, al pie de "la cruz del cabrero," le espera á usted un amigo que le compadece y quisiera aliviarle."

No es fácil explicarte cuál fué, en el momento de la lectura de las precedentes líneas, la impresión que ví pintarse en la

espaciosa frente de Antonio. Era una mezcla de sobresalto, esperanza y temor; eran las señales de una verdadera agonía. Hallábase aún bajo la influencia de esta primera impresión, cuando de improviso entró en el aposento nuestro amo Germán, lanzando en torno miradas siniestras, respirando congojosamente y dando muestras de extrañío y súbito terror.

Yo traslucía de antemano que entre el sepulturero y Antonio habían mediado ciertas confianzas, cuyos detalles ignoraba sin embargo. Claro estaba que si Regino había reconocido en nuestro amo Germán al marinero que con solo su presencia y voz había detenido el furor del capitán Frasquito en el abordaje del pailebot encallado en los bajos de Cozumel, Antonio habría inquirido la verdad para conocer el hecho en todos sus detalles. Y el hecho y sus precedentes no dejarían ciertamente de ser extraordinarios, supuesto que desde la época en que debió de hacerse este descubrimiento, es decir, desde el día en que el desventurado anciano apareció de nuevo en el hospital después de su viaje misterioso, yo veía á Antonio, si cabe, más triste, melancólico y sombrío. Maldecía á Regino, se entregaba á meditaciones profundas, hablaba poco, y tenía momentos de hallarse tan distraído, que solía cruzarme la idea de que esa situación podía terminar

en una verdadera locura. Los consuelos de la amistad, las reflexiones, mi cariño y cuidadoso afán no servían sino de nuevo tormento y pesar al pobre enfermo. Así, pues, ignorante yo de algunas particularidades, y sin ánimo de investigar lo que, según las apariencias, no había empeño ni voluntad en comunicarme, no me quedó otro recurso que observar y guardar silencio, mientras la necesidad y las circunstancias no me obligasen á romperlo. La escena que ahora voy á referir me iluminó lo suficiente para enterarme del estado actual de las cosas.

El sepulturero se paseaba de un extremo á otro de la habitación. Su andar era tardío, vacilante y enfermizo: toda la energía de su corazón, toda la fuerza de sus músculos parecían momentáneamente enervadas. Cruzados los brazos sobre el pecho é inclinada la cabeza con abatimiento, el anciano era presa de siniestros pensamientos, que visiblemente no podía sacudir. Yo leía en un libro aparentando indiferencia: Antonio, con los ojos muy abiertos y azorados, seguía uno por uno todos los movimientos de Germán.

—¿Será que está allí el capitán Frasquito, Regino, ó alguno de esos piratas infames que debieran ser descuartizados? gritó Antonio de repente, sin mudar de actitud.

—¡Silencio, joven presuntuoso y teme-

rario! exclamó el sepulturero deteniéndose, recobrando todo su vigor y clavando sus ojos fosfóricos en los de Antonio. ¿Con qué derecho, (prosiguió en tono terrible y amenazador) condena usted, haciéndose juez, á esos infelices á quienes su negra y ominosa estrella ha lanzado en los agrios y escabrosos senderos del mal? ¿Qué ha sufrido usted de la injusticia de los hombres para hablar con tal rabia y despecho de sus prójimos? Yo, ¡infeliz de mí! víctima escogida para satisfacer delitos ajenos, ultrajado, humillado y envilecido, me resigno con mi suerte. ¿Es usted, por ventura aquel mismo joven de nobles y filantrópicos sentimientos, que me echó en cara mi dureza, mi abierta resistencia á recibir las postreras confesiones de Juan Cruyés? ¿Qué ha ocurrido de entonces acá, para haber cambiado hasta ese punto? Días ha que escucho pacientemente sus lamentos, sus maldiciones y su lenguaje de ira y furor contra todo lo que existe; y en verdad que no tiene usted razón, por más graves que puedan ser los motivos que le han arrastrado á este hospital.

Enmudeció Antonio sin que yo pueda decirte á punto fijo si aquel silencio era efecto de la convicción ó del despecho. El sepulturero entre algunas lágrimas y ahogados gemidos iba descubriendo las enconadas heridas de su corazón, reve-

lando todo cuanto se encerraba en aquella alma afligida y agobiada de fuertes pesares.

Amaneció un día (prosiguió Germán) desde el cual datan todas mis desgracias. Era el 8 de Septiembre de 1807. La noche precedente había sido horrenda: un viento impetuoso del "oeste" hizo desbordarse al mar, y la ciudad de Campeche estuvo á punto de inundarse. Embarcaciones fondeadas en el puerto se estrellaron contra los muros de la plaza: una multitud de buques menores se chocaron entre sí haciéndose pedazos: las olas y el viento amenazaban destruirlo todo. En medio de aquella confusión y trastorno, los vecinos de los barrios, principalmente los de la vida marinera, acudíamos á lo largo de las playas en auxilio de nuestros infelices compañeros, cuyos buques se habían deshecho en la tormenta. Nuestras fuerzas, nuestras casas, nuestro haber todo quedó á disposición de los pobres náufragos, que á duras penas habían librado con vida de aquel amargo trance. Yo conduje á mi hogar á un tigre... ¡Ah, Dios le haya perdonado! No debía recordar esto, sino para pedir al cielo el descanso eterno de Juan Cruyés.

El sepulturero hizo una breve pausa, y en seguida continuó.

—Ese día, pues, presentóse en el umbral de mi casa un hombre preguntando

por mi nuevo huésped, con quien tuvo á solas una larga plática. La fisonomía de ese hombre, sin tener nada de horrible ni repugnante, hizo en mi alma una impresión parecida á la que se experimenta en medio de una pesadilla, á la vista de algún objeto fantástico que nos amenaza, que nos persigue tenazmente, y que nos arroja, por último, en lo hondo de un negro y ancho abismo. ¡Oh! Aún siento estremecerme todo cuando recuerdo el extraño influjo que este hombre ominoso ha ejercido en los días críticos de mi vida, en los días de mis grandes calamidades domésticas. Sí; una sola vez penetró bajo mi techo hospitalario, y desde esa vez sola comenzó á destruirse piedra por piedra el edificio de mi felicidad.

—¿Quién es, entonces, ese ente maligno? preguntó Antonio.

—Lo ignoro: respondió Germán. Lo cierto es que su vista ha sido siempre para mí de mal agüero. Pasados algunos meses del temporal de Campeche, hallábame en el muelle de Veracruz cuando un amigo mío al saber que yo pensaba embarcarme para Cadiz acercóseme y me hizo una espantosa revelación. Yo había dejado á Cruvés al cuidado de mi casa y de mis cortos intereses, acumulados después de algunos años de sudor y trabajo, con la mira de hacerle esposo de mi hija

mayor, que apenas entraba en la pubertad. Aquel infeliz había abusado de la inocencia y candor de la niña, la había seducido cobardemente exponiéndola á la infamia y á la maledicencia pública. Confuso y horrorizado al escuchar los pormenores de mi deshonor, corrí á disponer mi regreso á Campeche; y no bien hube dado los primeros pasos, cuando halléme frente á frente del siniestro personaje cuya fisonomía me causaba un pavor indefinible, y que parecía haber presenciado, sin advertirlo yo, la escena que acababa de ocurrir en el muelle.

A medida que el sepulturero hablaba, mi interés y curiosidad iban en aumento; pero temeroso de cometer alguna indiscreción que le obligase á interrumpirse, adopté el partido de no intervenir en la plática, y fingir que leía atentamente en el libro que tenía entre las manos. Tan absorto parecía yo en mi lectura, que Germán no me dirigía ni una sola mirada. Prosiguió, pues, en su relato.

—Fué imposible embarcarme aquel día mismo en una goleta que zarpó de Veracruz para Campeche. Pero cuarenta y ocho horas después logré mi objeto, y ansiaba el momento de llegar, no para evitar el mal que ya estaba hecho, sino para ver si era dable disminuir sus consecuencias. ¡Ah! mejor me habría sido mil veces perecer sumergido, y que los mons-

truos del mar se hubiesen cebado en mis carnes, que volver á las playas de Campeche para ver consumada mi deshonra, mi familia entera reducida á la miseria y próxima á perecer. El mismo día que vine á tierra, mi pobre hija había fallecido violentamente de resulta de unos brebajes que su vil seductor le hizo tragar; y el desventurado había huido llevándose cuanto yo poseía. En medio de mi amargura y desesperación, cuando estrechaba contra mi consternado pecho el yerto y amoratado cadáver de mi pobre y desgraciada hija, percibí al través de una cortinilla que cubría la ventana, un rostro siniestro que parecía espiar mis palabras y ademanes. ¡Ah, Dios mío! aquel rostro, aquellas facciones pertenecían al hombre misterioso que me perseguía.

—¿Y por qué no salir luego en demanda suya, para exigirle una explicación de conducta tan singular y repugnante? preguntó Antonio estremeciéndose ligeramente.

—No, amigo mío, repuso Germán. Todo habría sido inútil; y además en aquellos momentos sólo podía sentir y no pensar. La muerte habría sido para mí un socorro generoso del Cielo. Todavía en aquella propia tarde, cuando llevé á sepultar yo mismo el cuerpo inerte de mi malograda hija, la funesta visión

volvió á presentármese. La brisa agitaba suavemente los árboles vecinos, el Sol había desaparecido en el Occidente, las olas lamían las paredes del pequeño cementerio de Guadalupe; y unos cuantos curiosos atraídos más por lo extraño del caso, que por el espíritu de caridad cristiana, habían venido á presenciar el entierro de una niña que no llevaba en su lecho funeral flores, palma ni corona, porque el pudor y la vergüenza habían retraído á mi esposa de ataviar el cadáver con estas galas de la virginidad. Al terminarse la triste ceremonia, encaminéme á la reja del cementerio, y un vago temblor se difundió por todos mis fatigados miembros al observar que el propio personaje, con sus ojos impasibles y fijos cual si fuesen de esmalte, me miraba con intención desde la parte exterior. Entonces quise dirigirme á él, resuelto á saber de cualquier manera lo que de mí pretendía; pero mi asombro se aumentó extraordinariamente al echarle de menos en aquellos sitios. Inútiles fueron todas mis pesquisas: el extranjero había desaparecido como una fantasma, dejando en mi alma la confusión, el asombro y el terror que hasta hoy no he podido sacudir, á pesar de los años que han pasado.

Hizo el anciano una nueva pausa: Antonio le miraba con cierto aire particular, como pidiéndole la continuación de aque-

lla historia, y yo para mejor fingir mi indiferencia, volví con algún ruido una hoja del libro que aparentaba leer. Al cabo de algunos minutos, nuestro amo Germán prosiguió de esta manera.

—Mi desventurada esposa no pudo resistir al influjo de nuestras desgracias, y comenzó á experimentar un rápido aniquilamiento: ella criaba con sus pechos á mi último hijo; pero la leche se convirtió en ponzoña, y el niño tragaba la muerte en la misma fuente de la vida. Habiendo quedado por puertas, era imposible meter en casa una nodriza. Yo estaba á punto de perder el juicio, ó de suicidarme, tal vez, cuando una mujer se nos presentó á ofrecernos sus servicios para lactar á mi hijo, expresando que estaba suficientemente gratificada por un hombre que la había acompañado hasta allí: lancéme fuera á fin de alcanzar á ese hombre compasivo y generoso, y manifestarle mi eterno agradecimiento. A los primeros pasos descubrí al misterioso extranjero que se deslizaba á la extremidad de una callejuela próxima, desapareciendo á mi vista. Yo quedé petrificado de horror, porque se me figuró que alguna nueva desgracia iba luego á sobrevenirme. En efecto: ese propio día falleció mi inocente hijo, precediendo en pocas horas á su infortunada madre!

—¡Dios eterno! exclamó Antonio, ¡con

qué es verdad que existen, según he comenzado á figurarme, ciertos hombres antipáticos, cuya sola presencia es para nosotros la señal de algún infortunio!

—Sin duda alguna, y para que usted acabe de convencerse, escuche usted y horrorícese. Sin aliento, enfermo, triste y abatido, casi me era imposible ocuparme en algo para buscar el sustento de dos pequeñas hijas y otro hijo, hermano gemelo de mi pobre Gaspara. La fragilidad en que mi hija había tenido la desgracia de caer, alejó de mi casa á todo el mundo, y mis vecinos y amigos me excomulgaron de su sociedad...

—¡Infames! gritó indignado nuestro amigo, dando una fuerte puñada sobre la mesa que tenía cerca. ¡Infames! ¿Por qué la sociedad es tan injusta con la desgracia? Ríe y triunfa el malvado seductor que, abusando de su fuerza y poder, tiende un infame lazo á la débil y frágil criatura que se rinde á sus mentidos halagos, á sus engañosas promesas. ¿Qué hace entonces esta maldita sociedad? Protege directa é indirectamente al corruptor de la inocencia: celebra su "brillante victoria," y el "héroe" se ostenta orgulloso por todas partes. ¿Y qué hace de la víctima? La humilla, la desprecia y la condena á la execración pública, fingiendo hipócritamente que la compadece. ¡Dios mío! ¿por qué es así el mundo? ¿por qué son

tan duras y salvajes nuestras leyes? ¿por qué no hay justicia en la tierra?

Asomó á los labios del sepulturero una ligera sonrisa de despecho; y balanceando su abultada cabeza, al compás seguramente de sus téticos y melancólicos pensamientos, sin responder una sola palabra á las enérgicas observaciones de Antonio, prosiguió hablando como si nadie le hubiese interrumpido.

—Abandonado de todos, la miseria y las dolencias sobrevino muy pronto. Hallábame tendido en una estera, hecho presa de una calentura que me devoraba lentamente, teniendo á la vista á mis dos pequeñas niñas que agonizaban acometidas de la viruela, cuando observé que mi hijo entraba y salía de casa con demasiada frecuencia: él era ya mi única esperanza en la tierra, y le cuidaba y vigilaba con toda escrupulosidad y esmero de que me consideraba capaz. Yo no sé por qué se me figuró que andaba en pláticas sospechosas con alguno de fuera. Sacando fuerzas de flaqueza y arrastrándome dolorosamente, asomé la cabeza por una portezuela que daba á la calle para observar mejor lo que ocurría. Yo ví entonces que el extranjero le entregaba un bolsillo, marchándose en seguida con precipitación. Crucé las manos sobre la cabeza á la vista de mi ángel malo, y caí sin sentido, asaltado ya de una especie de lo-

cura, de la cual no volví sino al cabo de mes y medio. Cuando hubé recobrado el libre uso de mis potencias, supe que las niñas habían muerto con solo dos días de diferencia, y que no restábamos de la familia sino yo y mi hijo. Este jamás pudo hacerme otra explicación acerca de la presencia de aquel hombre fatídico á quien yo atribuía mis desgracias, sino que habiéndose acercado á informarse caritativamente de nuestro estado actual, había obligado al muchacho á que recibiese un bolsillo henchido de monedas de plata. ¿Quién era este hombre que así se afanaba en perseguirme, como en socorrer mis necesidades, procurando aliviar mi situación? He aquí lo que jamás he podido explicarme. ¡Incomprensible misterio!

—Verdad es que semejante individuo aparece rodeado de cualidades raras y contradictorias. ¿Cree usted, pues, nuestro amo, que ese ente singular sería el verdadero autor de las desgracias que lamenta?

—No me atrevo á afirmarlo: puedo sí asegurar que ese hombre ejerce un influjo maligno en los sucesos de mi vida; y que á pesar de sus aparentes beneficios, me ha horrorizado siempre, porque su presencia ha sido precursora de algún infortunio. Además, él huye de mí, supuesto que nunca me ha sido posible poner-

me en contacto con él, sin embargo de haberlo procurado seriamente, venciendo la indecible repugnancia que me causa. Todavía va usted á verle...

—Sí: veamos, veamos: rezongó Antonio con cierto acento de curiosa impaciencia que me volvió el alma al cuerpo, pues yo temía que las explicaciones y comentarios interrumpiesen el curso de la historia que con tanto interés escuchaba. Inmóvil, clavada la vista en el libro que no leía, y con el oído atento, esperé con ansia las palabras del sepulturero.

—Habiendo perdido en Campeche tantos objetos queridos, quise alejarme de una población en que además eran conocidas mis desgracias y la causa que las había producido. Por otra parte, yo necesitaba que mi hijo aprendiese algo para proporcionarse un modo de vivir honroso en la sociedad, y todo mi afán era sacar de él un hombre útil para sí y para sus semejantes. ¡Padre infeliz! Hasta de este único consuelo me ha privado la voluntad de Dios. Luego que me hube re-
puesto un tanto de mis dolencias, pensé seriamente en lo que más me convendría hacer. Apalábrame con un marino, antiguo conocido mío, y tuvimos una solitaria conversación en una enramada de la playa de S. Román. Hablamos largamente de mis asuntos, y después de haberme convenido con él, quedamos en que mi

hijo y yo nos embarcamos en el bergantín de su mando, que iba luego á salir para la Habana. Había cerrado la noche cuando nos separamos de aquel sitio; pero la luna llena estaba ya sobre el horizonte, coronando las cumbres del cerro de S. José. Mi amigo el capitán se encaminó al interior del barrio: yo emprendí mi retirada por la playa con dirección á la zapata de S. Carlos. Apenas di los primeros pasos, cuando llamó mi atención un ligero rumor: volví la vista, y quedé petrificado de terror al observar el bulto de un hombre que, escondido detrás de los fragmentos de una lancha, había sin duda escuchado nuestra conversación. A la pálida luz de la luna percibí entonces aquellos ojos, aquellas facciones... Eran las del diabólico extranjero, que acechaba todas mis acciones. Con la funesta experiencia que yo tenía, no me quedó duda alguna de que iba á sobrevenirme algún aciago suceso. ¡Dios mío! Ya esto era demasiado para una pobre criatura, agobiada de tan repetidas desgracias.

—Y bien ¿qué sucedió?

—¿Qué sucedió? Perder para siempre á mi hijo, á mi idolatrado hijo, que era la única prenda que conservaba en el mundo, el solo vínculo que me sujetaba á la vida.

—Vamos: explíquese usted, que ya esto me interesa demasiado.

—Resuelto á poner fin á situación tan extraña, hice un esfuerzo para vencer el terror que experimentaba, indigno en verdad de un corazón fuerte, y además libre é inocente: ¡pésame el decirlo! Yo no era dueño, sin embargo, de conseguir sobre mí mismo el triunfo que deseaba. A los primeros pasos que dí para abalanzarme á aquel hombre de Satanás, vacilé y quedé convertido en estatua: la lengua se me había pegado al paladar: mi sangre se había helado en mis venas; y mis pies parecían clavados en la arena. No pude evitar, pues, que se marchase tranquilamente, sin darme explicación alguna. Lo confesaré con franqueza é ingenuidad: yo le tuve miedo, y me parece que este miedo, este pavor supersticioso de que me hallaba acometido, eran ciertamente disculpables. El infortunio y los pesares habían abatido por demás las fuerzas de mi espíritu, y encontrábame sin valor y sin aliento.

—Sí, amigos míos: dijo Antonio estrechando cariñosamente la encallecida mano del viejo contra maestre. Sobrados motivos tenía usted para aterrarse. ¿Quién no se habría abatido hallándose en las circunstancias de usted? ¡Pobre amigo mío! ¡Cuán desgraciado ha sido usted sin merecerlo!

—No me atrevo á decir otro tanto, mi joven amigo; ¡y sin embargo me abatía entonces el rigor de mi destino!

Ambos guardaron algunos momentos de silencio. Luego prosiguió Germán.

—En vista de lo ocurrido, dime prisa á huir cuanto antes de Campeche. Al día siguiente estábamos listos para salir á la mar; pero nos detuvimos por haberse presentado enfrente del puerto, allá á lo lejos una embarcación sospechosa. Aunque según las noticias recientemente llegadas de España, el pueblo entero se había armado para resistir á la invasión francesa, y de enemiga se había convertido en amiga la Inglaterra, cuyas embarcaciones eran el azote de nuestros mares; sin embargo, como ni esas noticias estaban confirmadas de una manera oficial, ni los ingleses eran muy escrupulosos, tuvimos cierto vago recelo y se suspendió el viaje. Más al día siguiente un bote tripulado con cuatro hombres al mando de un oficial de la marina inglesa, vino á tierra conduciendo para el teniente de rey de la plaza una multitud de impresos, en que se hacía una relación detallada de los acontecimientos de la Península, que confirmaba las nuevas anteriormente recibidas. El oficial compró algunos víveres frescos, y regresó tranquilo á bordo de su embarcación, que era la misma que habíamos tomado por sospechosa. Al des-

pedirse en el muelle de los que allí estábamos, con aire de indiferencia insinuó la especie de que se dirigía á la Habana, y de que convoyaría con mucho gusto á cualquiera embarcación que hiciese viaje hacia aquel rumbo, significándonos que su goleta zarparía en aquella propia noche. Caímos miserablemente en la red: el buque era de piratas, y fuimos á entregarnos incautamente en sus manos. Era de noche, y el abordaje fué tan súbito é inesperado, que no dió lugar á resistir. Apoderáronse los infames del buque y su cargamento y haciéndonos embarcar en una lancha, nos enviaron á la playa. Durante las ocurrencias que habían sobrevenido, mi hijo estuvo constantemente junto á mí sin perderle de vista. Estaba seguro de haberlo hecho bajar al esquiife con nuestros compañeros de desgracia, antes de verificarlo yo mismo. En medio de la confusión general, dímonos prisa en alejarnos del enemigo antes que variase de resolución. Sin embargo, mi primer cuidado fué buscar á mi hijo. ¡Dios mío! el muchacho no estaba allí. Yo no puedo explicar cuál fué mi angustia y sobresalto: figuréme al momento que habría caído al agua y perecido. ¡Ay de mí! Menos infeliz sería yo si hubiese muerto tragado por las olas. Ambas embarcaciones, la de los piratas y la que había sido nuestra, estaban á la vela, y navegaban

mar en fuera; pero compadecidos mis compañeros de infortunio, remaron en sentido inverso para acercarse al enemigo y pedir noticias de mi pobre hijo. A punto ya de tocar á bordo nos detuvo una descarga cerrada de pistolas, que felizmente no produjo daño ninguno. Al resplandor causado por la explosión percibí perfectamente la figura de un hombre colocado en el botalón del bergantín enemigo, y con los brazos cruzados presenciaba impassiblemente aquella escena, con los ojos clavados en la pequeña lancha. Ese hombre... ¡me estremezco sin querer! ese hombre era el maligno extranjero, el ente misterioso que tenía en sus manos el hilo de mis destinos. Una nube sombría se apegó sobre mi frente, y caí á plomo dentro del esquiife. Entonces yo creí percibir una voz conmovida y patética que decía á mi oído. "El niño está aquí; silencio y cordura." Perdí enteramente el conocimiento, y cuando volví en mí, al día siguiente, estaba ya en la playa de S. Román, disipadas todas mis esperanzas de recobrar á mi hijo...

Hasta allí el sepulturero permanecía en pie enfrente de Antonio; más al llegar á este pasaje de su historia, arrodillóse el pobre anciano, cruzó los brazos, y clavando los ojos en una bella pintura que representaba á "María al pie de la cruz," quedóse engolfado en una meditación

profunda. Desde luego haría comparación entre los dolores y angustias de aquella madre desolada, y lo que él propio experimentaría al perder al hijo único que había sobrevivido á la destrucción de su familia. Pasado algún tiempo, besó la tierra humildemente, se incorporó, y más sereno prosiguió su narración.

—La serie de desgracias que me habían agobiado, abatieron ciertamente mi espíritu; pero la última, en vez de rendirme y dejarme caído por tierra para siempre, produjo al contrario en mi ánimo una completa revolución que me salvó del abismo. Revestíme de energía, recobré mi antigua firmeza, fortalecí mi ánimo y dije á mi destino: "luchemos pues;" y la lucha ha sido tremenda en efecto, y al fin... ¡no sé si habré quedado rendido! Ignorante del paradero de mi hijo resolví lanzarme á la mar, viajando en mi clase hacia todas direcciones, sin detenerme en punto alguno, y buscando la huella de Juan Cruyés, á quien yo creía con razón autor ó cómplice en el último atentado. Por espacio de cinco años mis esfuerzos fueron inútiles: nada pude descubrir. Al cabo de ellos, hallábame en Tarragona en medio del bullicio y alegría universal que reinaba por el completo triunfo obtenido contra los invasores, lanzándoles fuera del territorio español y por la deseada vuelta del cautivo Fer-

nando VII. Yo iba á todas partes donde había bullicio, gente y animación, sin perder jamás de vista el objeto que me guiaba. El rey hizo su solemne entrada en la ciudad: un inmenso gentío cubría la carrera, y todo era júbilo y alegría. De repente, como si hubiese sido una exhalación rápida y momentánea, me pareció haber visto deslizarse á través de la multitud al terrible extranjero, y en pos suya á mi hijo, corpulento ya y bien conformado, en unión de una señora elegante y ricamente ataviada. Las dos simultáneas apariciones produjeron en mí un efecto que no sé explicar. Sin embargo, yo quería ver á mi hijo... y lancéme en seguimiento suyo. ¡Tentativa inútil! Nada pude descubrir permaneci en Tarragona muchos días haciendo las mas diligentes pesquisas, hasta que perdí de nuevo toda esperanza. Conociendo, además, que si aquel joven desgraciado se había lanzado en un camino peligroso, mi voz y mi brazo no lograrían apartarlo de él por ser ya demasiado tarde... encomendé al cielo su suerte, y resolví atravesar de nuevo el Atlántico, volver á la América, fijar mi residencia entre mis antiguos conocidos y protectores, ejercitarme en la navegación costanera, y esperar tranquilo el último juicio de Dios. En efecto: aprovechéme de la primera oportunidad que se me ofreció, y pasando por

Valencia despedíme para siempre de mi patria querida, y volví á refugiarme al seno de la que yo había adoptado. Después de muchos días de navegación ocurrióseme una vez registrar mi maletilla de viaje y hacer un inventario de los efectos que me habían quedado. Extraordinaria fué mi sorpresa y terrible mi dolor, cuando halléme dentro de mi cartera con un billete de letra desconocida, en que una misteriosa mano venía á disipar mis últimas ilusiones, y arrancarme la postrera esperanza de remedio y salvación.

—¿Cuál, pues, era el contenido de ese fatal billete? interrumpió Antonio, lleno de ansiedad.

—Muy sencillo: hélo aquí. “Buen Germán: el muchacho se ha perdido: Juan Cruyés ha corrompido su corazón. Yo nada puedo...”

—¡Dios mío! gritó nuestro amigo, tan azorado como yo estaba al escuchar aquella historia. Estos sucesos (continuó) no hay duda: alguna conexión tienen con los que á mí me han arrastrado á S. Lázaro. Prosiga usted, nuestro amo, prosiga usted por piedad.

El sepulturero juzgando acaso que la agitación y asombro del pobre Antonio carecían de fundamento, sacudió la cabeza con cierto aire de admiración irónica, y por primera vez se puso á mirarme atentamente, esperando sin duda hallar

en mi fisonomía una sonrisa burlona que confirmase su juicio de que Antonio desvariaba. Alguna fuerza, sin embargo, debió de causarle mi actitud, y, sobre todo, la extraña turbación de nuestro amigo, porque súbitamente arrugó la frente, arqueó las cejas, se llevó la mano izquierda á la barba y quedóse pensativo. Entonces comprendí que Antonio no le había confiado del todo su funesta historia, pues que de otra suerte era imposible que no sospechase el buen anciano el motivo de aquella sorpresa y agitación. Pendiente Antonio de sus palabras, rogóle de nuevo que prosiguiese. Así lo verificó Germán, algún tanto distraído con lo que acababa de oír y observar.

—“Yo nada puedo por ahora.” No decía más el billete introduciéndolo furtivamente en mi cartera. ¿Cómo se había hecho esta operación, sin conocimiento mío? Esto es lo que hasta aquí no he podido explicarme, aunque confío en que hoy mismo quedará descubierto el misterio.

—¡Hoy mismo! exclamamos á la vez Antonio y yo, que por fin había cerrado el libro para no perder ni una sola palabra del resto de aquella historia.

—Sí, señor; hoy mismo. Esto lo entenderéis perfectamente, escuchándome hasta el fin.

—Pues bien, amigo mío, repuso Antonio: eso es lo que yo deso vivamente. Concluya usted.

—Voy á terminar en pocas palabras. Luego que aporté de nuevo á las siempre plácidas y risueñas playas de Campeche, mi segunda patria, pronto hallé ocupación; y un antiguo camarada mío, que merced á su constancia en el trabajo había llegado á acumular un cuantioso capital, me confió el mando de un pequeño pailebot cuyo tráfico era de aquí á Walix. Fuése mitigando por la acción del tiempo la amargura de mis pasados infortunios; y resignándome enteramente á la voluntad de Dios, comenzaba á recobrar la paz dichosa del alma, en la confianza de que mi desgraciado hijo habría alguna vez de volver al buen sendero. Esta confianza no carecía de fundamento: el autor del singular billete que había hallado en mi cartera, no era otro seguramente que el misterioso extranjero; y aunque su conducta para conmigo aparecía en verdad demasiado equívoca, solía sin embargo figurárseme que alguna cosa podría hacer en favor de aquel desventurado mancebo. Así, pues, no estando ya en mi mano influir en la felicidad ó desgracia de mi hijo, me limité á pedir humildemente al cielo que iluminase su entendimiento. Solo había en lo más profundo de mi alma una pasión terrible y que en vano procuraba refrenar: esta pasión era el odio y la sed de venganza que me devoraba. ¡Dios me lo perdone!

Pero yo había jurado arrancar el corazón á Juan Cruyés y bañarme en su sangre.

Debo á usted mi querido Antonio, el haberme sacado de aquel fango asqueroso.

Después de otra ligera pausa, prosiguió el sepulturero:

Ningún obstáculo ni contratiempo había experimentado en mis repetidos viajes á Walix. Más un día al penetrar mi pailebot en el canal formado por la isla de Cozumel y la tierra firme, observé que una embarcación oculta en una pequeña ensenada, procuraba hacérsenos casi invisible. A no navegar siempre muy sobre aviso, habríamos caído en manos de la tripulación que acechaba nuestro pasaje: al punto procuré escapar mi buque de aquella asechanza: marinamos para salir del canal, y en el instante la embarcación oculta abandonó su escondite y se abalanzó á perseguirnos. Durante su rápida y bien dirigida evolución, con el antejo en la mano observaba yo la maniobra del enemigo, y no perdía uno solo de sus movimientos. De improviso... creí haber percibido la fisonomía de aquel terrible extranjero; más la aparición había sido tan súbita y tan fantástica, que no me era posible explicar si la visión se me había presentado á bordo de mi pailebot, en la embarcación que nos perseguía, en

la mar, en el aire ó en el tubo mismo del anteojo: todos mis conatos en aprender de nuevo aquella figura y examinarla, fueron inútiles: había aparecido y desaparecido como un relámpago. Pensé entonces si habría sido alguna ilusión óptica; pero ya fuese ilusión ó nó, había desde luego producido en mi alma el temor de una catástrofe. Un fatal presentimiento vino, pues, á agobiarme, y en medio de mi confusión y sobresalto, arrastrado el pailebot por la fuerza de la corriente, fué á encallar miserablemente en una cola de arrecifes: no había ya ninguna esperanza de salvación, y amonesté á mis compañeros para empeñarles á resistir si eramos abordados; pero ninguno se encontró en ánimo de trabar una lucha tan desventajosa, y confiaron todos su suerte á mi experiencia. Yo, entre tanto, ignoraba el partido que nos convendría adoptar: había visto á aquel extranjero; y tenía por segura alguna desgracia. El enemigo, al notar que habíamos encallado, temeroso de igual catástrofe arrió velas y echó el ancla. Destacó en seguida una lancha tripulada con doce hombres: estando ya próxima, mandé que mi gente se ocultase, y escudado yo mismo del palo mayor, quedé en expectativa arbitrando en mi mente algún recurso para salir de aquel conflicto. Llegó en fin el momento crítico... ¡Todavía me espanta el re-

uerdo de esta terrible escena! Asomé entonces la cabeza, y dirigí á aquellos bandidos algunas palabras de paz y sumisión: el que hacía de jefe respondió burlándose y ordenando á los suyos que hiciesen sobre mí una descarga á quemarropa. ¡Dios eterno! En aquel instante reconocí á mi hijo convertido en capitán de piratas.

—¡Ya lo escuchas, Manuel mío! gritóme Antonio. El capitán Frasquito, aquel hombre terrible cuyas odiosas y sangrientas aventuras nos comunicó Regino en su cartera, es hijo de nuestro amo Germán.

Hice entonces un gesto de muda admiración y espanto. Antonio cruzó los brazos sobre la mesa que tenía delante apoyando en ellos la abrasada frente. El sepulturero, como si le hubiesen presentado la cabeza de Medusa, quedóse extático contemplando aquella silenciosa escena, que hubo de prolongarse por más de un cuarto de hora. El viejo contramaestre fué el primero en interrumpirla.

—Ahora comprendo, dijo, el motivo que usted tiene para aborrecer á Regino: era amigo de mi hijo, y mi pobre hijo es un monstruo detestable.

Dos gruesas lágrimas se escaparon de los ojos del sepulturero, y rodando lentamente sobre sus mejillas, vinieron á

caer sobre su pecho. Antonio alzó la vista, y le dirigió una triste mirada de reconvención. Yo rogué al buen anciano que terminase su relato.

—Harélo así, prosiguió con balbuciente voz. Mi desdichado hijo también me había reconocido, y hubo un momento en que llegué á creerle libre del negro abismo de perdición y maldad en que tuvo la desgracia de caer. Subió á bordo de mi pequeño pailebot, y mis lágrimas ¡oh, considere usted lo que pueden las lágrimas de un padre desolado! mis lágrimas habían obtenido una completa victoria sobre el vicio y el crimen. Revelóme entonces algunos pormenores de su vida: las seducciones de Juan Cruyés, y el desastrado fin de este famoso pirata, á quien suponía muerto. Breve fué nuestra conferencia; y vista la imposibilidad que existía de que por entonces permaneciese en mi compañía, supuesta la temeraria y arrogante resolución de ese feroz y empedernido mancebo... de ese Regino que, fugándose de aquí sin duda se ha lanzado de nuevo en su infame carrera, aconsejéle yo mismo que tornase á su embarcación. Más él me había jurado que volvería á mis brazos dentro de un mes... ¡Años ha que le estoy esperando en vano! ¡Dios mío: solo tú que lees en el fondo de los corazones, solo tú puedes saber lo que el mío ha sufrido! Mi hijo no vol-

vió... amigos míos... mi hijo aún no ha vuelto y... ¡tal vez sería ya demasiado tarde para ello!...

—Sí, prosiguió Germán. No sé qué presentimiento me hace pensar en alguna nueva catástrofe, porque el maligno extranjero... Más yo quiero antes enteraros de todo. ¿Recuerda usted Antonio mío, el día en que usted fué á buscarme al cementerio para recibir la postrera confesión de aquel infeliz leproso... que en eterna paz descanse?

Antonio hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—Pues bien, añadió el sepulturero: yo no estaba tranquilo aquel día: se me había figurado ver al misterioso extranjero en Campeche, aunque los años habían cambiado los rasgos de su fisonomía. Hablábase de un famoso médico inglés...

—¿De un médico dice usted? interrumpió Antonio bruscamente, y como asaltado de cierta pavorosa congojosa.

—Precisamente, respondió el anciano. Hallábase en el hospital de S. Juan de Dios un honrado y valiente vecino de S. Román, amigo mío é hijo de un respetable anciano que es mi bienhechor. Una cureña de cañón le había estropeado un pié en uno de los baluartes de la plaza mientras ésta era amagada por la columna volante. Apelóse á la ciencia del médico reciénvenido, y yo acudí al hospital

á presenciar el reconocimiento: llegué tarde: el médico salía muy de prisa y... ¡yo no sé! Creí haber notado un cierto golpe... cierta semejanza con "aquel" hombre; y después de los sucesos de ese día casi rayó en evidencia la vaga sospecha que me había asaltado. Jamás se presentó á mi vista el singular extranjero, sin que luego, muy luego, dejase de sobrevenirme alguna desgracia; y ya lo sabe usted, Antonio mío: pocas horas después fuí iniciado en el secreto de que vivía el verdugo de mi familia... el desventurado Cruyés ¡á quien Dios haya perdonado, como yo también le perdoné!

El sepulturero arrodillóse segundo vez y me pareció que elevaba al cielo una pía y silenciosa plegaria. Puesto en pie nuevamente, prosiguió de esta suerte:

—También sabe usted, mi querido Antonio, que fuí yo el depositario de algunos papeles que Juan Cruyés dejó á su fallecimiento. El mismo día en que reconocí, á no quedarme duda, las facciones del pobre Regino, encontréme en un legajo cierta especie de diario, cuyo contenido no me fué posible comprender bien; pero aquella letra, aquellos caracteres eran del todo semejantes á los del billete que apareció en mi cartera. El tal escrito había sido trazado en "Yalahau," uno de nuestros puertecillos de barlovento. Corrí á la ciudad á inquirir noticias del mé-

dico inglés: había partido. No vacilé ni un instante: sólo y á pie empecé por tierra mi larga peregrinación. ¡También fué un viaje inútil! No faltó quien me diese alguna luz sobre el sugeto á quien buscaba; pero hacía mucho tiempo que no se le veía por aquellos sitios, y todas mis diligencias fueron en vano. Sí: yo quería ver y hablar á ese hombre aunque supiese morir en el instante mismo. Mi alma no podía soportar más tiempo aquella dolorosa y aflictiva situación. Nada me quedaba por perder sino la vida, y el perderla tal vez habría sido para mí la suprema felicidad. ¡Sí, Dios mío, porque tu bondad y misericordia no me habrían abandonado en aquel trance postrero! Cada día me he ido ratificando más y más en la resolución de tener una conferencia con ese personaje: el cielo va, en fin, á concederme lo que le he pedido fervorosamente. El extranjero está en Campeche, y pocos momentos antes de entrar aquí... le he visto... le he reconocido.

—Bien... amigo mío... sí... es preciso que nos refiera usted detalladamente... este encuentro... y... además... nada... nada. Refiéranos usted solamente este encuentro. Dijo Antonio con la voz entrecortada, y pudiendo apenas respirar, en fuerza de su sobresalto y turbación.

—El hecho es muy sencillo y sin deta-

les, repuso Germán. Diríjame á este sitio cuando ví venir, camino de Lerma una calesa, corrida la cortinilla delantera. Detúveme con aire distraído á tiempo mismo que pasaba junto á mí. Miré... y le ví. Sus gafas azules ocultando aquellos ojos, su cachucha de piel y su traje rigurosamente negro me eran conocidos de antemano.

—¡Cielos! Exclamó Antonio en acento desgarrador. ¡Es el Dr. Moore!

—Justo: dijo el sepulturero. El Dr. Moore: tal es el nombre con que se presentó en Campeche el médico inglés que hizo mucho ruido en la ciudad por las admirables curaciones que llevó á cabo durante su corta permanencia en ella. Pero, en fin, ¿todo esto qué significa? Esa agitación... ese aire de terror... esa angustia... En nombre de Dios, Antonio mío, ¿qué es lo que aquí pasa?

—Nada, mi querido Germán: yo estoy tranquilo. ¿No ve usted que mi ligera turbación se ha disipado?

—No: algún misterio se encierra en esto; pero una vez que usted no quiere, ó no tiene por conveniente hacerme partícipe de él... guardaré silencio. ¡Me avergonzaría de parecer á usted indiscreto!

—Pues bien, amigo mío, se lo diré á usted todo. Yo he hablado en otra ocasión con el Dr. Moore, y llegué á concebir la

laca esperanza de que me haría sanar de mi horrenda y asquerosa enfermedad; pero marchóse intempestivamente dejándome burlado, y llevándose á Regino en su compañía.

—¡A Regino!

—Sí, nuestro amo, al bueno de Regino. Por lo menos le creo cómplice en la fuga de ese desventurado joven, á quien yo había llegado á profesar un sincero afecto.

—¡Siempre misterioso é incomprensible! murmuró el sepulturero, quedando profundamente pensativo, y como repasando allá en su mente algunas particularidades de su pasada vida.

—Pero no importa (añadió): está aquí y hoy hemos de verle, sin perder tiempo. Conozco, por la terrible impresión que en mí produjo su presencia, que no tengo todo el valor suficiente para...

Interrumpióle en medio de la frase un criado que se presentó en el aposento. Era portador de un nuevo billete para Antonio; y como Germán se hallaba más próximo á la puerta, tomóle de las manos del criado, y dejó caer á plomo su vista en el sobrescrito de la cubierta. El anciano, como si hubiese sido herido de un golpe eléctrico, se estremeció todo: el papel se le había escapado; y su muda actitud y mirada incierta me helaron de espanto.

Antonio acudió á recoger el papel caído:

rasgó el sobre... y leyó: "Ha sobrevenido un incidente que me impide concurrir á la cita de esta noche. En el momento salgo de Campeche...; más adelante nos veremos, y ofrezco á usted no hacerme esperar mucho tiempo."

—¡Ha partido! exclamaron á una Germán y Antonio. Pero yo le buscaré hasta el cabo del mundo, añadió el primero. Ese hombre, ese demonio, ese Dr. Moore, en fin...

—Ignoro si es él quien me ha escrito, interrumpió nuestro amigo en tono triste y abatido.

—Pero yo lo sé, y eso me basta. ¡Imposible que desconociese aquellos caracteres! La misma mano que trazó el diario de Yalahau, ha escrito este billete y el que yo encontré dentro de mi cartera. Voy á arrancar á ese hombre siniestro la máscara misteriosa con que se encubre. ¡Adiós!

Y desde entonces no hemos vuelto á ver al pobre sepulturero. Ayer supimos que se ha embarcado para Tabasco, y me alegraré que así sea pues yo también, conforme te habrá instruído D. Pablo, debo marchar á Villa-Hermosa con objeto de liquidar ciertos intereses de la casa. Espero encontrarne allí con el buen anciano, y obligarle á volver á la tranquila vida que disfrutaba en S. Román.

Me he extendido, amigo mío, más de lo

que esperaba. Te dejo en libertad para discurrir y reflexionar en los pormenores de la escena que te he referido. Si á todo esto añades la impresión que recibió Antonio al saber el asesinato cometido en Padilla el 19 de Julio último, puedes figurarte lo que pasará en esa alma de fuego. ¡Iturbide era su ídolo!

Adiós, pues, amigo mío: yo no sé si podré escribirte antes de mi vuelta de Tabasco. El enfermo queda en manos del Dr. Frutos y del capellán, y por lo mismo emprendo el viaje con mucha tranquilidad y más porque él me insta vivamente á verificarlo. Sé feliz en unión de tu amable esposa, y oremos juntos por el prisionero de S. Lázaro.